

**DISCURSO DEL ARZOBISPO CHRISTOPHE PIERRE
NUNCIO APOSTÓLICO
“ACOMPAÑAMIENTO Y EVANGELIZACIÓN”
ENCUENTRO VIRTUAL DE LA REGIÓN SURESTE
29 DE SEPTIEMBRE DEL 2020**

Como Nuncio Apostólico y representante del Santo Padre en los Estados Unidos de América, quiero transmitir el cordial saludo, la cercanía espiritual y el afecto paternal del Papa Francisco a todos los que están reunidos virtualmente para el Encuentro Regional Sureste. En modo especial, quiero agradecer a padre Rafael Capó, Vicepresidente de Misión en la Universidad de St. Thomas en Miami, su amable invitación.

Hoy, me gustaría hablarles sobre el sueño que el Papa Francisco tiene para la Iglesia, un sueño que estamos invitados a compartir. En la Biblia, Dios a menudo se manifiesta en los sueños a sí mismo o bien manifiesta su voluntad; así lo hizo con José, en el Antiguo Testamento (Gen 37,1-11), o, en el Nuevo Testamento, con José el padre adoptivo de Jesús, pidiéndole que tomara a María como su esposa y que pusiera al niño el nombre de Jesús. También en los Hechos de los Apóstoles, Dios manifestó a Pedro en un sueño su voluntad (Hechos 10,10-16), invitándolo a bautizar a toda la familia de Cornelius, abriendo, así, la puerta de la salvación a los Gentiles. Pablo también tuvo un sueño, -articulado en Efesios 2,11-22)-, para que los judíos y los Gentiles pudieran reconciliarse y fueran realmente un solo cuerpo en Cristo. Por su parte, Jesús, el Buen Pastor, soñaba con tener un rebaño, gobernado por un solo pastor (Jn 10, 11-18).

Y el Papa Francisco también tiene un sueño para la Iglesia de Cristo: que sea una Iglesia misionera. Escribe:

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación”
(Papa Francisco, Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (EG), 24 de noviembre de 2013, 27).

El sueño del Papa Francisco es el de una Iglesia pobre para los pobres, una Iglesia cercana a los olvidados y abandonados, una Iglesia que transmita la ternura de Dios. Quiere una Iglesia evangelizadora, llamada a confrontarse constantemente con la amplitud y la riqueza del Evangelio. Quiere una Iglesia dispuesta a salir de su propia zona de confort (cf. EG, 20): una Iglesia dispuesta a remar mar adentro para obtener una pesca grandiosa.

El sueño del Papa Francisco es el de una Iglesia que vive como Pueblo de Dios: Pueblo de Dios santo y fiel. Esta noción de la Iglesia como Pueblo de Dios, fue una aportación importante del Concilio Vaticano II, pero en su Constitución Dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium, ya desde el principio (LG, 2-4), los padres del Concilio señalaron que el plan salvífico universal del Padre se manifiesta en el envío de Su Hijo y encuentra su culminación en el don del Espíritu Santo. Ellos declararon que, así, toda la Iglesia aparece como «*un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*» (LG, 4).

Para evangelizar, la Iglesia debe constantemente referirse a Dios que se ha manifestado a sí mismo en Cristo y que por medio del Espíritu Santo sigue morando en la Iglesia y animando a la Iglesia. Una Iglesia evangelizadora debe actuar de acuerdo con la voluntad de Dios y dar a conocer la presencia de Dios. Por ello, el Papa no quiere una Iglesia autorreferencial, sino una Iglesia que lleve "la alegría del Evangelio" a todo el mundo. El Papa Francisco explica así su preferencia:

“Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EG, 49).

El Papa Francisco nos invita a ser “imitadores de Dios” siendo previsores. Dios toma la iniciativa con nosotros, y nos llama a hacer lo mismo con quienes están en las periferias. El término *primerear* aferra esta idea. Debemos ser más proactivos que reactivos. Debemos ser emprendedores espirituales de Cristo. El Santo Padre escribe:

“La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos” (EG, 24).

La amistad con Cristo es fruto del encuentro. Y es misión de la Iglesia facilitar este encuentro con Él que puede cambiar la vida, como pasó, por ejemplo, al gran misionero San Pablo. Así, mientras que nuevos programas podrían ser útiles para la evangelización, el encuentro es esencial. El Papa Benedicto XVI lo expresó de esta manera:

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Benedicto XVI, Encíclica Deus Caritas Est, 25 de diciembre de 2005, 1).

Este acontecimiento o persona es el mismo Jesús. La proclamación de la Resurrección del Señor no puede ser entendida como mero recuerdo de un evento del pasado; por el contrario, Él sigue viviendo. La Iglesia existe para ayudar a otros a encontrar Al Resucitado que ofrece la salvación. Para encontrar Al Resucitado, esto es, para ser reunidos bajo la mirada amorosa que nos introduce en el amor de Dios en una relación viva y duradera con Él. El Santo Padre nos recuerda que *“la primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más”* (cf. EG, 264). El mejor incentivo para compartir la fe y para evangelizar – es decir, para facilitar el encuentro – viene de la contemplación de su amor. Es la belleza del Señor lo que asombra y mueve y lo que atrae a nuevos creyentes.

En *Evangelii gaudium*, el Papa Francisco dice:

“En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana.” (EG, 169)

El acompañamiento es uno de los temas centrales del programa de Francisco. Pues el acompañamiento es una de las características de la transformación de la Iglesia en clave de misión, de una Iglesia en salida, de una Iglesia misionera y evangelizadora.

Manuel Cervantes escribe:

“En la teología pastoral el acompañamiento se encuentra dentro de los criterios fundamentales de acción al interior de la apostolicidad y del diálogo pastoral. La Iglesia acompaña al hombre en su acción evangelizadora y así continúa la misión del Hijo enviado por el amor que el Padre tuvo y tiene al mundo.” (Manuel Cervantes, “El acompañamiento espiritual según el Papa Francisco a partir de la Evangelii gaudium”, Ecclesia 31, nº. 3-4 (2017): 363)

Así pues, en Evangelii gaudium se trata el acompañamiento en dos sentidos: pastoral y espiritual. No se trata de dos tipos de acompañamiento; es el mismo acompañamiento de la Iglesia.

Pero, el acompañamiento no es terapia. El acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad ... *“El acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia que fomente este encierro de las personas en su inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre”.* (EG, 170).

El Papa continúa: *“El Evangelio nos propone corregir y ayudar a crecer a una persona a partir del reconocimiento de la maldad objetiva de sus acciones (cf. Mt 18,15), pero sin emitir juicios sobre su responsabilidad y su culpabilidad (cf. Mt 7,1; Lc 6,37).”* (EG, 172)

Una comunidad de discípulos misioneros acompaña a los otros. Hablando en Asís, el Papa Francisco dijo:

“Lo repito a menudo: caminar con nuestro pueblo, a veces delante, a veces en medio y a veces detrás: delante, para guiar a la comunidad; en medio, para alentarla y sostenerla; detrás, para mantenerla unida y que nadie se quede demasiado atrás, para mantenerla unida” (Papa Francisco, “Encuentro con el clero, personas consagradas y miembros de los consejos pastorales diocesanos,” Catedral de San Rufino, Asís, 04 de octubre de 2013.)

Acompañamiento que implica guiar, alentar y apoyar, y uniendo. Cuando acompañamos a otros, aprendemos el arte del diálogo. Estamos viviendo un cambio de época. Nosotros, los que anunciamos el Evangelio, no podemos evangelizar descuidando las nuevas fuerzas en el trabajo que afectan a las nuevas generaciones que tienen sus propias expectativas y aspiraciones.

El hoy fallecido cardenal Jean-Louis Tauran describió esto diciendo que:

“La respuesta es siempre y en todo caso el diálogo, el encuentro..., el único camino posible a recorrer es aquel del diálogo desarmado. Según mi punto de vista, pues, dialogar significa ir al encuentro con el otro desarmados, con una concepción no agresiva de la propia verdad, sin embargo no desorientados” (Jean-Louis Tauran, “Un altro passo verso l'abisso...”, interpreta un cura di Paolo Rodari, La Repubblica, 27 de julio de 2016, p. 8).

En el corazón del diálogo está la comunicación de la vida personal de cada uno a los demás. Es un compartir de la existencia de los otros en la propia existencia. No siempre se trata de probar que uno tiene la razón. Se trata de un recíproco compartir, razonando cómo vivir en armonía, ofreciendo al mismo tiempo lo mejor de nuestra Tradición.

El auténtico acompañamiento exige ciertas virtudes – *“la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu”* - y el arte de escuchar, que el Papa describe como *«que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el*

gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida» (EG 171).

El auténtico acompañamiento también exige esperanza y mansedumbre tal y como el Papa Francisco explica: *“un buen acompañante no consiente los fatalismos o la pusilanimidad. Siempre invita a querer curarse, a cargar la camilla, a abrazar la cruz, a dejarlo todo, a salir siempre de nuevo a anunciar el Evangelio.” (EG, 172)*

El Papa Francisco sueña con una Iglesia misionera: una iglesia que salga de su zona de confort: que, como dije, empiece su misión con Dios, y obedezca el mandato del Señor de remar mar adentro y se aventure en estado de misión hacia una gran pesca.

El Santo Padre nos recuerda que debemos estar en un estado permanente de misión, lo que realmente significa:

“Salir para encontrar, sin pasar de largo; reclinarse sin desidia; tocar sin miedo. Se trata de que se metan día a día en el trabajo de campo, allí donde vive el Pueblo de Dios que les ha sido confiado. No nos es lícito dejarnos paralizar por el aire acondicionado de las oficinas, por las estadísticas y las estrategias abstractas” (Papa Francisco, Discurso al Comité Ejecutivo del CELAM, 07.09.2017).

Hoy lamentamos la rápida secularización y la disminución de la asistencia a Misa y participación en la vida parroquial. Hace una generación, incluso San Juan Pablo II había pedido una nueva evangelización que tomara en cuenta esta situación de cambio con nuevos métodos y con nuevo ardor en sus esfuerzos, métodos y expresiones. A su vez, el Papa Francisco quiere que tomemos en cuenta la cultura moderna y que la leamos a la luz del Evangelio para que seamos más efectivos en nuestro esfuerzo diario de evangelización.

El Santo Padre dice:

“Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros»” (EG, 120)

En suma, un misionero eficaz ha de estar siempre dispuesto a acompañar al prójimo.